



Pablo VI, beatificado

«Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios y, considerando el desenlace de su vida, imitad su fe» (Hb 13,7)



REPORTAJE PÁGS. 8-9

Y además, en este número de NODI encontrarás...



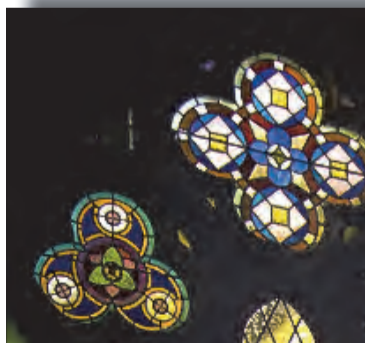
CARTA DEL OBISPO PÁG. 3

La Beatificación de Pablo VI y la transformación



SANTO PADRE FRANCISCO PÁG.4

«... las guerras comienzan en el corazón»



LAICOS PÁG. 13

Espiritualidad matrimonial



CÁRITAS PÁG. 15

¿Fronteras a cualquier precio?



Editorial

Capítulo II: La comunidad humana

28 Respeto y amor a los adversarios

Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor. Cuanto más humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo.

«Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y orad por lo que os persiguen y calumnian»

(Mt 5,43-44)

Esta caridad y esta benignidad en modo alguno deben convertirse en indiferencia ante la verdad y el bien. Más aún, la propia caridad exige el anuncio a todos los hombres de la verdad saludable. Pero es necesario distinguir entre el error, que siempre debe ser rechazado, y el hombre que yerra, el cual conserva la dignidad de la persona incluso cuando está desviado por ideas falsas o insuficientes en materia religiosa. Dios es el único juez y escrutador del corazón humano. Por ello, nos prohíbe juzgar la culpabilidad interna de los demás. La doctrina de Cristo pide también que perdonemos las injurias. El precepto del amor se extiende a todos los enemigos. Es el mandamiento de la Nueva Ley: «Habéis oído que se dijo: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo'. Pero yo os digo: 'Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian y orad por lo que os persiguen y calumnian'» (Mt 5,43-44).

■ De la Constitución Pastoral *Gaudium Et Spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, 28



Un verdadero servicio al bien común

La Iglesia, ayer, hoy y siempre es depositaria de una Buena Noticia, de un mensaje que cambia el corazón y la vida del que lo recibe. No se trata de una filosofía, no es un conjunto de normas de conducta, ni esconde un programa político. No, es mucho más. La Iglesia es depositaria de una palabra de vida para el hombre. De ahí que la misión fundamental de la Iglesia sea esta: «Id y anunciad al mundo entero la buena noticia» (Mc 16,15). Así ha sido siempre.

La Iglesia colabora además en el desarrollo de la dimensión cultural de la persona, poniendo a disposición de todos el patrimonio histórico que administra, ya sea material, como las catedrales y monumentos, o espiritual, como las fiestas, romerías, etc. Son realidades que enriquecen a la persona y que colaboran también en el desarrollo económico de nuestro país, siendo una riqueza de todo y para todos. Es imposible cuantificar económicamente de manera única la labor de la Iglesia en nuestro país. Siempre quedarían cosas por tasar. Solo en materia de ahorro para las administraciones públicas hablamos de decenas de miles de millones de euros. Pero su aportación a la sociedad es muy superior.

Toda esta labor se sostiene, fundamentalmente, con los

recursos económicos de los propios católicos y de las instituciones religiosas que son una realidad desde hace casi 2.000 años en nuestro país. Pero también a través de la colaboración de la Administración, en el marco de la Constitución española que reconoce el derecho a la libertad religiosa y el deber de colaboración con las confesiones religiosas y particularmente con la Iglesia Católica (artículo 16). El ejercicio real de la libertad religiosa se articula a través de convenios y acuerdos de colaboración, o como en el caso de la Iglesia, a través de los Acuerdos con la Santa Sede. En el plano económico, desde 2007, la Iglesia renunció a los beneficios fiscales en materia de IVA (ahora tiene, en la práctica, el mismo régimen fiscal que cualquier fundación civil) y renunció también al complemento presupuestario al que el Estado estaba comprometido. La Iglesia solo recibe hoy para su sostenimiento básico lo que los contribuyentes deciden en su asignación a través del IRPF. Una cantidad pequeña, 248 millones, si se compara con lo que aporta a la sociedad (decenas de miles de millones). Cada año, 9 millones de personas marcan la casilla del IRPF en un gesto de confianza y compromiso que hace mucho por el bien común y que permite a la Iglesia seguir realizando su labor en favor de los demás.



Carta del Obispo

MONS. JESÚS MURGUI



La Beatificación de Pablo VI y la transformación



Hace pocas semanas un pequeño grupo de sacerdotes y laicos de nuestra Diócesis pudimos asistir al Encuentro Internacional sobre el Proyecto Pastoral de la «*Evangelii Gaudium*», organizado en Roma por el Pontificio Consejo de la Promoción de la Nueva Evangelización (18 al 20 de Septiembre), y en cuyo marco presentamos y ofrecimos personalmente al Papa Francisco la Programación Diocesana 2014-2015 de nuestra Diócesis, que precisamente trata de aplicar entre nosotros su llamamiento en «*Evangelii Gaudium*» a discernir, purificar y renovar aquello que hacemos a fin de ser una Iglesia más misionera.

Allí mismo el Santo Padre hablándonos a todos los asistentes, repitió el carácter programático que ha querido dar a su Exhortación Apostólica, puesto que está centrada en la «misión principal de la Iglesia, o sea, evangelizar». Por ello manifestó: «¡Cuántas personas, en las muchas periferias existenciales de nuestros días, están 'extenuadas y abandonadas' y aguardan a la Iglesia, nos aguardan a nosotros! ¿cómo poder alcanzarlas? ¿cómo compartir con ellas la experiencia de la fe, el amor de Dios, el encuentro con Jesús? Esta es la responsabilidad de nuestras comunidades y de nuestra pastoral».

Con esas palabras nos confirmaba en el deseo de buscar caminos para promover una acción pastoral que nos haga salir de nuestras sendas reiteradas, atreviéndonos a acercarnos a las periferias que necesitan la luz del Evangelio, a las personas y colectivos, de cerca o de lejos, faltos de anuncio del amor de Dios, de la persona y el mensaje de Jesús. Así nos reiteraba el mensaje de que la reforma de estructuras exigida por la conversión pastoral debe consistir en hacer que todas las mediaciones se vuelvan más misioneras, puesto que todo en la Iglesia debe estar en función de la misión evangelizadora.

La evangelización es el fin. Todo lo demás es ayuda, medio e instrumento. Tal y como nos había dicho en la Exhortación Apostólica: «Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49). No en otra cosa consiste la así llamada por el Papa «transformación misionera de la Iglesia».

Y en este mes de Octubre, en el que hemos estado dedicados a ofrecer y explicar a comunida-

des y parroquias, en sus representantes reunidos por Vicarías, y a diversos colectivos diocesanos la Programación de este curso centrada en el discernimiento y la renovación para la misión, ha acontecido, precisamente en el día de la Jornada Misionera Mundial (Domund), la beatificación del Papa Pablo VI. Él fue un decidido defensor de la misión, afirmando que el ser de la Iglesia estaba determinado por la evangelización, testimonio de lo cual fue, sobre todo, su importante Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*».

A favor de la renovación misionera, hondamente impulsada por el Concilio Vaticano II que él condujo iluminado por el Espíritu, ofreció no sólo su enseñanza, sino también su testimonio de pastor incansable y humilde.

Así lo evocaba el Papa Francisco en la homilía de su beatificación: «El que fuera gran timonel del Concilio, al día siguiente de su clausura, anotaba en su diario personal: **'Quizás el Señor me ha llamado y me ha puesto en este servicio no tanto porque yo tenga algunas aptitudes o para que gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades actuales, sino para que sufra algo por la Iglesia, y quede claro que Él, y no otros, es quien la guía y la salva'**». Destacando, también, el Papa Francisco sobre Pablo VI la incansable entrega de su vida, toda ella dedicada «a la 'sagrada, solemne y grave tarea de continuar en el tiempo y extender en la tierra la misión de Cristo'».

Que el ejemplo del Beato Pablo VI, de saberse humilde instrumento en las manos de Dios, que es quien «guía y salva» a su Iglesia, y en su entrega total a amarla y servirla, trabajando y sufriendo por ella, nos sirva de referencia a todos aquellos que, como pastores o como fieles, deseamos gastar nuestra vida por ella, concretamente en nuestra Iglesia Diocesana de Orihuela-Alicante.

Que su intercesión ante Dios nos obtenga proseguir, con ilusión y esfuerzo esperanzado, la búsqueda de caminos para ser una comunidad diocesana más misionera, portadora de la persona y el mensaje de Jesús, de la alegría del Evangelio, a los hombres y mujeres de esta querida tierra, especialmente a los más jóvenes, a quienes, por estar en tiempos de definir su vocación, son especial esperanza para nuestra sociedad y nuestra Iglesia.

Dios nos asista, para que acertemos, ayudados por las aportaciones de aquellos diocesanos que se sumen a la reflexión abierta este curso, a abrir caminos de renovación pastoral que hagan llegar el Evangelio al corazón de mundo.

✠ Jesús Murgui Soriano,
Obispo de Orihuela-Alicante



La evangelización es el fin. Todo lo demás es ayuda, medio e instrumento

'Quizás el Señor me ha llamado y me ha puesto en este servicio no tanto porque yo tenga algunas aptitudes o para que gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades actuales, sino para que sufra algo por la Iglesia, y quede claro que Él, y no otros, es quien la guía y la salva' (Beato Pablo VI)



Santo padre Francisco

«...las guerras comienzan en el corazón»

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Cuando se quiere poner de relieve cómo los elementos que componen una realidad están estrechamente unidos unos con otros y forman juntos una sola cosa, se usa a menudo la imagen del cuerpo. A partir del apóstol Pablo, esta expresión se aplicó a la Iglesia y se reconoció como su rasgo distintivo más profundo y más hermoso. Hoy, entonces, queremos preguntarnos: ¿en qué sentido la Iglesia forma un cuerpo? ¿Y por qué se define «cuerpo de Cristo»?

En el libro de Ezequiel se describe una visión un poco particular, impresionante, pero capaz de infundir confianza y esperanza en nuestro corazón. Dios muestra al profeta un montón de huesos, separados unos de otros y secos. Un escenario desolador... Imaginaos toda una llanura llena de huesos. Dios le pide, entonces, que invoque sobre ellos al Espíritu. En ese momento, los huesos se mueven, comienzan a acercarse y a unirse, sobre ellos crecen primero los nervios y luego la carne y se forma así un cuerpo, completo y lleno de vida (cf. Ez 37, 1-14). He aquí, esta es la Iglesia. Por favor, hoy, en casa, tomad la Biblia, en el capítulo 37 del profeta Ezequiel, no lo olvidéis, y leed esto, es hermoso. Esta es la Iglesia, es una obra maestra, la obra maestra del Espíritu, quien infunde en cada uno la vida nueva del Resucitado y nos coloca uno al lado del otro, uno al servicio y en apoyo del otro, haciendo así de todos nosotros un cuerpo, edificado en la comunión y en el amor.

La Iglesia, sin embargo, no es solamente un cuerpo edificado en el Espíritu: la Iglesia es el cuerpo de Cristo. Y no se trata sencillamente de un modo de decir: ¡lo somos de verdad! Es el gran don que recibimos el día de nuestro Bautismo. En el sacramento del Bautismo, en efecto, Cristo nos hace suyos, acogiéndonos en el corazón del misterio de la cruz, el misterio supremo de su amor por nosotros, para hacernos luego resucitar con Él, como nuevas

criaturas. Esto es, así nace la Iglesia, y así la Iglesia se reconoce cuerpo de Cristo. El Bautismo constituye un verdadero renacimiento, que nos regenera en Cristo, nos hace parte de Él, y nos une íntimamente entre nosotros, como miembros del mismo cuerpo, del cual Él es la cabeza (cf. Rm 12, 5; 1 Cor 12, 12-13).

Lo que brota de ello, entonces, es una profunda comunión de amor. En este sentido, es iluminador cómo Pablo, exhortando a los maridos a «amar a las esposas como al propio cuerpo», afirma: «Como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo» (Ef 5, 28-30). Qué hermoso sería si nos acordásemos más a menudo de lo que somos, de lo que hizo con nosotros el Señor Jesús: somos su cuerpo, ese cuerpo que nada ni nadie puede ya arrancar de Él y que Él recubre con toda su pasión y todo su amor, precisamente como un esposo con su esposa. Este pensamiento, sin embargo, debe hacer brotar en nosotros el deseo de corresponder al Señor Jesús y compartir su amor entre nosotros, como miembros vivos de su mismo cuerpo. En la época de Pablo, la comunidad de Corinto encontraba muchas dificultades en ese sentido, viviendo, como a menudo también nosotros, la experiencia de las divisiones, las envidias, las incomprensiones y la marginación. Todas estas cosas no están bien, porque, en lugar



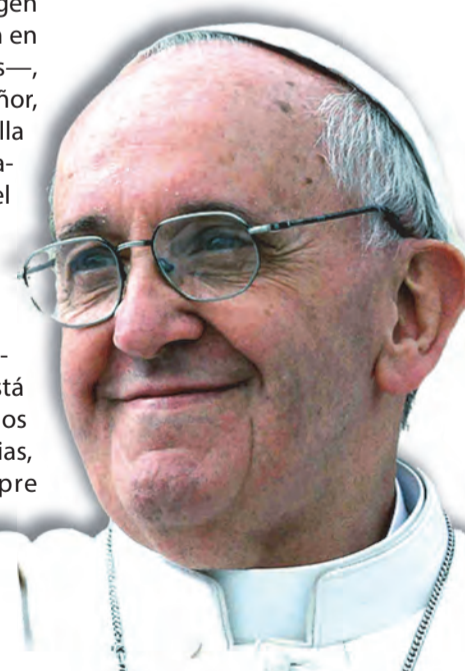
de edificar y hacer crecer a la Iglesia como cuerpo de Cristo, la dividen en muchas partes, la desunen. Y esto sucede también en nuestros días.

Pensemos en las comunidades cristianas, en algunas parroquias, pensemos en nuestros barrios, cuántas divisiones, cuántas envidias, cómo se critica, cuánta incomprensión y marginación. ¿Y esto qué conlleva? Nos desune entre nosotros. Es el inicio de la guerra. La guerra no comienza en el campo de batalla: la guerra, las guerras comienzan en el corazón, con incomprensiones, divisiones, envidias, con esta lucha con los demás. La comunidad de Corinto era así, eran campeones en esto. El apóstol Pablo dio a los corintios algunos consejos concretos que son válidos también para nosotros: no ser celosos, sino apreciar en nuestras comunidades los dones y la cualidades de nuestros hermanos. Los celos: «Ese se compró un coche», y yo siento celos. «Este se ganó la lotería», son también celos. «Y a este otro le está yendo bien, bien en esto», y son más celos. Todo esto divide, hace daño, no se debe hacer. Porque así los celos crecen y llenan el corazón. Y un corazón celoso es un corazón ácido, un corazón que en lugar de sangre parece tener vinagre; es un corazón que nunca es feliz, es un corazón que divide a la comunidad. Entonces, ¿qué debo hacer? Apreciar en nuestras comunidades los dones y las cualidades de los demás, de nuestros hermanos. Y cuando surgen en mí los celos —porque surgen en todos, todos somos pecadores—, debo decir al Señor: «Gracias, Señor, porque has dado esto a aquella persona». Apreciar las cualidades, estar cerca y participar en el sufrimiento de los últimos y de los más necesitados; expresar la propia gratitud a todos. El corazón que sabe decir gracias es un corazón bueno, es un corazón noble, es un corazón que está contento. Os pregunto: ¿Todos nosotros sabemos decir gracias, siempre? No siempre

porque la envidia y los celos nos frenan un poco. Y, por último, el consejo que el apóstol Pablo da a los corintios y que también nosotros debemos darnos unos a otros: no considerar a nadie superior a los demás. ¡Cuánta gente se siente superior a los demás! También nosotros, muchas veces decimos como el fariseo de la parábola: «Te doy gracias Señor porque no soy como aquel, soy superior». Pero esto no es bueno, no hay que hacerlo nunca. Y cuando estás por hacerlo, recuerda tus pecados, los que nadie conoce, avergüénzate ante Dios y dile: «Pero tú Señor, tú sabes quién es superior, yo cierro la boca». Esto hace bien. Y siempre en la caridad considerarse miembros unos de otros, que viven y se entregan en beneficio de todos (cf. 1 Cor 12-14).

Queridos hermanos y hermanas, como el profeta Ezequiel y como el apóstol Pablo, invocamos también nosotros al Espíritu Santo, para que su gracia y la abundancia de sus dones nos ayuden a vivir de verdad como cuerpo de Cristo, unidos, como familia, pero una familia que es el cuerpo de Cristo, y como signo visible y hermoso del amor de Cristo.

AUDIENCIA GENERAL, Miércoles
22 de octubre de 2014



INTENCIONES DEL PAPA PARA EL MES DE NOVIEMBRE

INTENCIÓN GENERAL

Para que las personas que sufren la soledad sientan la cercanía de Dios y el apoyo de los hermanos.

INTENCIÓN POR LA EVANGELIZACIÓN

Para que los seminaristas, religiosos y religiosas jóvenes tengan formadores sabios y bien preparados.

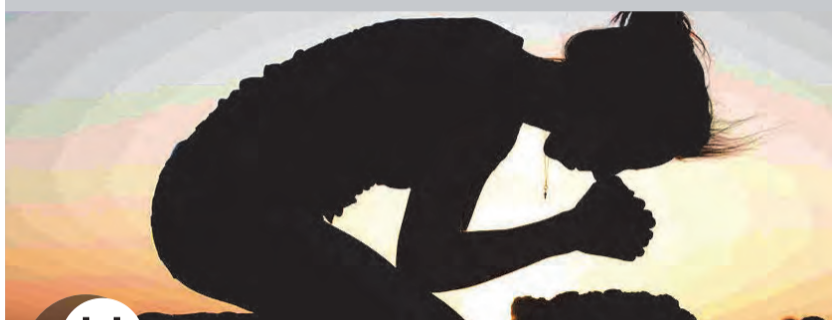
El día del Señor



«Yo soy el camino, la verdad y la vida»

2 de noviembre - Domingo XXXI del T.O. - FIELES DIFUNTOS

Lm 3, 17-26 *Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor.*
Rm 6, 3-9 *Nuestra vieja condición ha sido crucificada con Cristo.*
Jn 14, 1-6 *«Que no tiemble vuestro corazón; creed en Dios».*



Hoy, el Evangelio evoca el hecho más fundamental del cristiano: la muerte y resurrección de Jesús. Hagamos nuestra, hoy, la plegaria del Buen Ladrón: «Jesús, acuérdate de mí» (Lc 23,42). «La Iglesia no ruega por los santos como ruega por los difuntos, que duermen en el Señor, sino que se encomienda a las oraciones de aquéllos y ruega por éstos», decía san Agustín en un Sermón. Una vez al año, por lo menos, los cristianos nos preguntamos sobre el sentido de nuestra vida y sobre el sentido de nuestra muerte y resurrección. Es el día de la conmemoración de los fieles difuntos, de la que san Agustín nos ha mostrado su distinción respecto a la fiesta de Todos los Santos. Los sufrimientos de la Humanidad son los mismos que los de la Iglesia y, sin duda, tienen en común que todo sufrimiento humano es de algún modo privación de vida. Por eso, la muerte de un ser querido nos produce un dolor tan indescriptible que ni tan sólo la fe puede aliviarlo. Así, los hombres siempre han querido honrar a los difuntos. La memoria, en efecto, es un modo de hacer que los ausentes estén presentes, de perpetuar su vida. Pero sus mecanismos psicológicos y sociales amortiguan los recuerdos con el tiempo. Y si eso puede humanamente llevar a la angustia, cristianamente, gracias a la resurrección, tenemos paz. La ventaja de creer en ella es que nos permite confiar en que, a pesar del olvido, volveremos a encontrarlos en la otra vida. Una segunda ventaja de creer es que, al recordar a los difuntos, oramos por ellos. Lo hacemos desde nuestro interior, en la intimidad con Dios, y cada vez que oramos juntos, en la Eucaristía, no estamos solos ante el misterio de la muerte y de la vida, sino que lo compartimos como miembros del Cuerpo de Cristo. Más aún: al ver la cruz, suspendida entre el cielo y la tierra, sabemos que se establece una comunión entre nosotros y nuestros difuntos. Por eso, san Francisco proclamó agradecido: «Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana, la muerte corporal».

No convirtáis en un mercado la casa de mi padre

9 de noviembre - Domingo XXXII del T.O. - DEDIC. S. JUAN DE LETRÁN

Ez 47, 1-2.8-9.12 *Crecerán toda clase de frutales.*
1 Co 3, 9c-11.16-17 *Sois templo de Dios.*
Jn 2, 13-22 *«Destruid este templo y en tres días lo levantaré».*



Jesús enseña con su ejemplo la importancia del Templo. Cuando estaba en Jerusalén solía ir al Templo a enseñar. Él mismo había sido allí presentado a Su Padre. El Evangelio de hoy nos enseña que el celo por la casa de Dios, Su Padre, le consume. El Templo es, en primer lugar, el corazón del hombre que ha acogido Su Palabra. «vendremos a él, y haremos morada en él» (Juan 14, 23). Pablo escribe: «¿No sabéis que sois santuario de Dios?» (1 Corintios 3, 16). Esta verdad no contradice la importancia de honrar el templo hecho de piedra. Aunque rezar en casa debe ser una práctica diaria, no es suficiente. Jesús quiso salvarnos del pecado, no por separado, sino unidos como un pueblo. Por eso instituyó la Iglesia. Esta se congrega en el templo. El Templo es el lugar consagrado a Dios donde los fieles se reúne para darle culto. En cada iglesia católica Jesús esta presente en el tabernáculo. El Padre Cantalamessa escribe: Cristo fundó una ekklesia, es decir, una asamblea de llamados, que instituyó los sacramentos, como signos y transmisores de su presencia y de su salvación. Ignorar todo esto para crear la propia imagen de Dios expone al subjetivismo más radical. Uno deja de confrontarse con los demás, sólo lo hace consigo mismo. En este caso, se verifica lo que decía el filósofo Feuerbach: Dios queda reducido a la proyección de las propias necesidades y deseos. Ya no es Dios quien crea al hombre a su imagen, sino que el hombre crea un dios a su imagen. ¡Pero es un Dios que no salva!

Centenario del S. D. Diego Hernández González

Trabajar por enamorarme más y más de Jesús I

Para el Padre Diego, si era intensa su actividad apostólica externa, no menos su vida interior. Su deseo es «**trabajar por enamorarme más y más de Jesús. Es el motor de todo**», y «**vivir a Jesús en mí y en mis obras**». Experimenta que Dios va ordenando la caridad en el alma, donde todo es orientado hacia Él por el camino del amor al prójimo, en una entrega completa de sí mismo y sin reserva alguna a la Iglesia.

Al finalizar su segundo curso en el Seminario en 1956, encontramos las primeras anotaciones en su «Cuaderno espiritual». Su objetivo

es la perfección de la caridad sin límites, el cual revela la esencia misma de quien es guiado y movido por el Espíritu Santo, pues busca sólo la unión de voluntad con Dios, «**creo sencillamente que la santidad no está en hacer sino en amar, y se ama cuando se está pegado a lo que Dios quiere, y no a lo propio**».

Entonces se preocupa de «**mejorar cada día nuestras obras diarias inyectándoles mucho amor de Dios, que es lo único que las ennoblece y purifica. Pureza de intención en todo, no buscándonos a nosotros mismos ni nuestras cosas en nada, sino únicamente la gloria de Dios**».

«creo sencillamente que la santidad no está en hacer sino en amar, y se ama cuando se está pegado a lo que Dios quiere, y no a lo propio»

Del mismo modo, manifiesta que «**todo está en dar con la esencia de la santidad, que es la fusión con Jesús, vivir para Jesús y lleno de Jesús. Lo demás es desenfocar nuestro cristianismo y nuestro sacerdocio**».

Crónica Diocesana

Ahora, Señor...

... **P**uedes dejar a tu siervo ir en paz. Porque lo hemos visto; lo estamos viendo: al Espíritu del Señor que está en tu Iglesia. Y esta vez lo vemos, como en un prisma que refleja nuevos colores, en Francisco, el Papa. No importa la edad en la que andemos metidos; la esperanza nos ha mantenido vivos porque teníamos fe y sabíamos que lo íbamos a ver antes de partir, como Simeón.

Necesitábamos volver a ver que la Palabra está viva, Palabra que nos invita a ser libres frente a todas las cosas, todas las situaciones y todas las circunstancias. Necesitábamos volver a llegar a los hermanos, sean quienes sean éstos, sin miedo a que pudiesen invadir campos que creíamos nuestros y que son sólo de Dios. Y la carne de Francisco nos lo ha hecho ver.

Francisco habla, pero lo que dice no es suyo, sino de la experiencia profunda de la Palabra que le viene a su humana naturalidad. En él vemos al Cristo de las parábolas, como la del Hijo Pródigo, a quien abraza con un amor tan incondicional que está preñado de buen humor: «¿Pero dónde crees que ibas tú, chaval, si ésta es tu casa?» Ésta, la Iglesia, es nuestra casa, es verdad, pero se nos había olvidado; nos estábamos acostumbrando a que la Iglesia era sólo cosa del clero..., y lo peor es que en el clero nos lo habíamos tomado casi así. Pero el Espíritu Santo, reunido en consejo con el Padre y el Hijo, (consejo cuya deliberación siempre es efectiva) se ve que dijo: «bien, ha llegado la hora; este pobre mundo, que anda bastante desorientado, necesita verte de nuevo, Hijo; necesita una nueva conversión».

Y Francisco nos lo ha hecho ver. Él no sólo se «acercó», sino que entra. Recordemos, por ejemplo, el abrazo entre tres humanidades, representantes de las tres grandes religiones monoteístas: la judía, la islamista y la cristiana. Pero miremos bien la foto: el hombre del judaísmo y el del Islam, a quienes se les ve la cara, entran emocionados a los brazos de Francisco. Sus brazos, como los de la cruz, están abiertos sincera y afectivamente a todos, gracias a la humanidad común de todos. Sí, hemos visto vivamente que el Hijo tomó nuestra carne, y que, desde entonces, la carne de la Humanidad es sagrada. «¿Quién soy yo -dijo Isabel, y repite Francisco- para excluir a quienes Dios ama?».

Después del encuentro de oración en el Vaticano, parece que se desataron los jinetes del Apocalipsis en una violencia absurda, lo cual puede hacer sonreír con sorna a alguien (siempre hay por ahí algún mediocre). Pero la experiencia de la fe nos lo deja claro: ahora, ante la conversión hacia la que es nuestra casa, vuelve el diablo a hacernos creer que es imposible; que Francisco durará poco, y que todo continuará igual.

No. El diablo dará guerra, pero nada, de ahora en adelante, será igual. La Trinidad, reunida en Consejo, ha decidido darnos en estos tiempos a Francisco. «Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo ir en paz. Porque hemos vuelto a ver...»

Francisco Bernabé

Vuelta a casa

Los vecinos de Morales participan masivamente en el traslado del Bendito Cristo hasta su sede, la ermita local, en un acto presidido por Rafael Palmero, obispo de Orihuela (Alicante)



Con la bendición de la reliquia de la Santa Faz y ante la imagen del Bendito Cristo, el obispo emérito de Orihuela-Alicante, Rafael Palmero Ramos, cerraba este domingo los festejos religiosos en honor a la venerada imagen que se han venido celebrando en la localidad de Morales de Rey. No obstante, el órgano cofrade celebró ayer su jornada de ánimas.

Monseñor Palmero, hijo del pueblo de Morales de Rey presidía en esta localidad, al atardecer del domingo, la comitiva procesional del Bendito Cristo de la Vera Cruz de vuelta a su casa, a la ermita, tras haber recibido devoción en la iglesia parroquial. La representación oficial estaba encabezada por su alcalde, José Ríos, junto al senador José Fernández, el procurador regional José Ignacio Martín Benito y el diputado provincial José Luis Pernía.

Un solemne desfile procesional arrojando a la venerada imagen del Bendito Cristo partía desde el templo enfilando la carretera hasta la ermita, a la salida del pueblo, junto a la carretera de Santa María de la Vega.

El rezo del rosario era simultaneado con los compases de la banda musical «Maestro Lupi», realzando más la numerosa comitiva en la que los cofrades encabezados por su mayordomo lucían sus respectivas cruces de esta antigua cofradía.

Ya se venera en la Ermita del Bendito Cristo de la Vera Cruz de Morales del Rey (Zamora), pueblo nativo de D. Rafael Palmero, nuestro Obispo Emérito, desde el pasado 21 de septiembre, un icono de la Santa Faz de Alicante

No faltaron las velas encendidas iluminando el paso del Bendito Cristo, de la imagen de la Virgen del Suceso y de santa Bárbara y santa Eugenia que comparten el retablo de la ermita junto al Crucificado. Incluso una familia devota instaló a los pies de su casa toda una hilera de candelas. La devoción se hace sentir en Morales de Rey ante la venerada imagen que inicia sus festejos cofrades con la festividad litúrgica de la Exaltación de la Cruz, el 14 de septiembre.

Ya se venera en la Ermita del Bendito Cristo de la Vera Cruz de Morales del Rey (Zamora), pueblo nativo de D. Rafael Palmero, nuestro Obispo Emérito, desde el pasado 21 de septiembre, un icono de la Santa Faz de Alicante. Aparece en el retablo de dicha ermita, la Santa Faz en relieve. Con este icono bendijo D. Rafael, por vez primera, a sus paisanos y a cuantos acuden de los pueblos vecinos, año, tras año, a esta procesión. También allí se venerará y se mira año tras año: Faz divina ¡Misericordia!

CRÓNICA DIOCESANA

La Pasión de Elche: 30 años de camino



El Grupo
cultural
Jerusalem
conmemora
este año
su 30
aniversario
con
diferentes
actos

Bienvenido al club de los dimisionarios

En nuestros días, en los años que llevamos de siglo, varias son las dimisiones notables de las que hemos sido testigos. Unas sorprendentes e inesperadas. Baste citar como ejemplo al papa Benedicto. Otras también sorprendentes, pero menos inesperadas, como Juan Carlos I. Una última, orquestada a dos bandas, es la de Gallardón, que entrega su vida en defensa de la vida.

Eso dicen algunos, y le aplauden con fuerza. Otros protestan su huida porque él debía preparar el camino hacia la muerte de centenares de miles de niños totalmente inocentes, sin que nadie detuviera la mano asesina.

Es conocido que hoy el bien y el mal, el fracaso y el éxito, se miden en relación al número de votos conseguidos o de votos malogrados.

En el caso que nos ocupa, el punto de referencia es el aborto. Si se hace más amplia la aceptación de los abortos, mayor será el número de votos recibidos. Si se restringe o se niega el paso a los abortos, disminuirá notablemente el número de votos contabilizados en las urnas.

En una ladera se pierden los votos cuantiosos que podrían haber emitido quienes fueran llevados al aborto. En la otra ladera se multiplican los votos de quienes aplauden esa cultura de la muerte.

Para muchos, el motivo más claro para la aceptación del aborto es la violación. Una mujer violada no puede ni quiere aceptar las consecuencias de la violación, que no es el fruto del amor, sino una imposición forzada.

Ciertamente, la violación es un delito, en el que podemos distinguir: un delincuente, una víctima y unas consecuencias de esa situación. Estas consecuencias son el más directo punto de mira. Se afirma radicalmente que un hijo no querido libremente no tiene derecho a vivir, hay que eliminarlo abiertamente. Son centenares de miles de penas de muerte selladas y ejecutadas. La defensa de la mujer violada ha de pasar por la muerte del que iba a ser su hijo.

¿Hemos pensado alguna vez en la pena de muerte para el violador? Pensamos mejor que siga viviendo, que siga actuando a su capricho, que siga robando la dignidad y la paz a las mujeres, que siga a diario colocando niños en el corredor de la muerte. ¿Llamamos a esto defensa de la vida? Si volvemos de nuevo a la comparación con los votos, centenares de miles de abortos son centenares de miles de votos que a diario se pierden, no porque se les niegue el derecho al voto, sino porque antes se les ha arrebatado el derecho a la vida. ¿Quién tiene derecho a matar? ¿A quién matar? ¿Al violador culpable? ¿Al niño inocente? Está en juego la permanencia en vida del violador culpable y la condena a muerte del niño inocente. José María, nos atrevemos a darte la bienvenida al club de los dimisionarios, de los que saben dar la vida en defensa de la vida. Me alegraría que este saludo fuera más amable y sonriente, pero cuando la muerte se cruza en el camino es preciso el gesto adusto. Hasta estas tierras de Perú, en donde ahora me encuentro, han llegado los ecos de tu decisión. Un cordial abrazo.

José Carlos Sampedro Forner

El 31 de octubre se inaugura la exposición «La Pasión de Elche, 30 años de camino» con la que el Grupo Cultural Jerusalem da comienzo a los diferentes actos que conformarán la celebración de tan señalada fecha.

Hace tres décadas, unos jóvenes hicieron realidad lo que hoy conocemos como Grupo Cultural Jerusalem. El objetivo que les movía no era otro que el de transmitir de una forma viva y cercana la Pasión de Cristo. Durante estos treinta años el grupo ha llevado la Pasión a más de doscientas poblaciones visitando provincias como Alicante, Albacete, Almería, Badajoz, Murcia, Ciudad Real, Jaén, Córdoba... y un largo etcétera, así como lugares tan emblemáticos como el Teatro Romano de Mérida, El Palau de la Música de Valencia y El Hospital de Paraplégicos de Toledo con más de 210.000 espectadores que han disfrutado con tan emotiva obra.

Con esta exposición se pretende dar a conocer la gran evolución que este grupo ha experimentado durante estos 30 años gracias a la aportación del trabajo y esfuerzo de los más de 400 componentes que han ido formando parte en su recorrido. En ella se quiere mostrar a todos los visitantes cómo se ha ido gestando la historia de este grupo; lo que han sido, lo que son y lo que pretenden llegar a ser, todo ello a través de imágenes, vestuario, enseres, archivos... Aquello, que a lo largo de su camino, les ha ayudado a mantener el espíritu inicial con el que se fundó.

Esta exposición se podrá visitar a partir del 31 de octubre hasta el 8 de diciembre de 2014 en la Antigua Capilla de la Orden Tercera Franciscana de Elche sita en la plaza Reyes Católicos junto a la Parroquia de San José. En horario de:

- martes a viernes de 10 a 14h y de 15 a 18h.
- sábados de 10 a 14 y de 17 a 20h
- domingos de 10 a 14h

Acto central de este aniversario será la celebración de una solemne Misa que tendrá lugar el próximo 14 de noviembre a las 20 h en la Parroquia de San José de Elche oficiada por el Reverendísimo Señor Obispo Don Jesús Murgui. A ella acudirán diferentes personalidades y autoridades así como componentes (actuales y pasados), familiares, amigos... y todos aquellas personas que tengan a bien el compartir este momento tan importante para el grupo.


reportaje

Pablo VI, beatificado

Homilía del papa Francisco en la Santa Misa con ocasión de la conclusión del Sínodo Extraordinario sobre la familia y beatificación del Siervo de Dios Pablo VI

Acabamos de escuchar una de las frases más famosas de todo el Evangelio: «Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt 22,21).

Jesús responde con esta frase irónica y genial a la provocación de los fariseos que, por decirlo de alguna manera, querían hacerle el examen de religión y ponerlo a prueba. Es una respuesta inmediata que el Señor da a todos aquellos que tienen problemas de conciencia, sobre todo cuando están en juego su conveniencia, sus riquezas, su prestigio, su poder y su fama. Y esto ha sucedido siempre.

Evidentemente, Jesús pone el acento en la segunda parte de la frase: «Y [dar] a Dios lo que es de Dios». Lo cual quiere decir reconocer y creer firmemente –frente a cualquier tipo de poder– que sólo Dios es el Señor del hombre, y no hay ningún otro. Ésta es la novedad perenne que hemos de redescubrir cada día, superando el temor que a menudo nos atena ante las sorpresas de Dios. ¡Él



no tiene miedo de las novedades! Por eso, continuamente nos sorprende, mostrándonos y llevándonos por caminos imprevistos. Nos renueva, es decir, nos hace siempre «nuevos». Un cristiano que vive el Evangelio es «la novedad de Dios» en la Iglesia y en el mundo. Y a Dios le gusta mucho esta «novedad».

«Dar a Dios lo que es de Dios» significa estar dispuesto a hacer su voluntad y dedicarle nuestra vida y colaborar con su Reino de misericordia, de amor y de paz.

En eso reside nuestra verdadera fuerza, la levadura que fermenta y la sal que da sabor a todo esfuerzo humano contra el pesimismo generalizado que nos ofrece el mundo. En eso reside nuestra esperanza, porque la esperanza en Dios no es una huida de la realidad, no es un alibi: es ponerse manos a la obra para devolver a Dios lo que le pertenece. Por eso, el cristiano mira a la realidad futura, a la realidad de Dios, para vivir plenamente la vida –con los pies bien puestos en la tierra– y responder, con valentía, a los incesantes retos nuevos.

Lo hemos visto en estos días durante el Sínodo extraordinario de los Obispos –«sínodo» quiere decir «caminar juntos»–. Y, de hecho, pastores y laicos de todas las partes del mundo han traído aquí a Roma la voz de sus Iglesias particulares para ayudar a las familias de hoy a seguir el camino del Evangelio, con la mirada fija en Jesús. Ha sido una gran experiencia, en la que hemos vivido la sinodalidad y la colegialidad, y hemos sentido la

Pablo VI supo de verdad dar a Dios lo que es de Dios dedicando toda su vida a la «sagrada, solemne y grave tarea de continuar en el tiempo y extender en la tierra la misión de Cristo» (Homilía en el inicio del ministerio petrino, 30 junio 1963: AAS 55 [1963], 620), amando a la Iglesia y guiando a la Iglesia para que sea «al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación» (Carta enc. Ecclesiam Suam, Prólogo)

fuerza del Espíritu Santo que guía y renueva sin cesar a la Iglesia, llamada, con premura, a hacerse cargo de las heridas abiertas y a devolver la esperanza a tantas personas que la han perdido.

Por el don de este Sínodo y por el espíritu constructivo con que todos han colaborado, con el Apóstol Pablo, «damos gracias a Dios por todos ustedes y los tenemos presentes en nuestras oraciones» (1 Ts 1,2). Y que el Espíritu Santo que, en estos días intensos, nos ha concedido trabajar generosamente con verdadera libertad y humilde creatividad, acompañe ahora, en las Iglesias de toda la tierra, el camino de preparación del Sínodo Ordinario de los Obispos del próximo mes de octubre de 2015. Hemos sembrado y seguiremos sembrando con paciencia y perseverancia, con la certeza de que es el Señor quien da el crecimiento (cf. 1 Co 3,6).

En este día de la beatificación del Papa Pablo VI, me vienen a la mente las palabras con que instituyó el Sínodo de los Obispos: «Después de haber observado atentamente los signos de los tiempos, nos esforzamos por adaptar los métodos de apostolado a las múltiples necesidades de nuestro tiempo y a las nuevas condiciones de la sociedad» (Carta ap. Motu proprio Apostolica so-

llicitudo).

Contemplando a este gran Papa, a este cristiano comprometido, a este apóstol incansable, ante Dios hoy no podemos más que decir una palabra tan sencilla como sincera e importante: Gracias. Gracias a nuestro querido y amado Papa Pablo VI. Gracias por tu humilde y profético testimonio de amor a Cristo y a su Iglesia.

El que fuera gran timonel del Concilio, al día siguiente de su clausura, anotaba en su diario personal: «Quizás el Señor me ha llamado y me ha puesto en este servicio no tanto porque yo tenga algunas aptitudes, o para que gobierne y salve la Iglesia de sus dificultades actuales, sino para que sufra algo por la Iglesia, y quede claro que Él, y no otros, es quien la guía y la salva» (P. Macchi, Paolo VI nella sua parola, Brescia 2001, 120-121). En esta humildad resplandece la grandeza del Beato Pablo VI que, en el momento en que estaba surgiendo una sociedad secularizada y hostil, supo conducir con sabiduría y con visión de futuro –y quizás en solitario– el timón de la barca de Pedro sin perder nunca la alegría y la fe en el Señor.

Pablo VI supo de verdad dar a Dios lo que es de Dios dedicando toda su vida a la «sagrada, solemne y grave tarea de continuar en el tiempo y extender en la tierra la misión de Cristo» (Homilía en el inicio del ministerio petrino, 30 junio 1963: AAS 55 [1963], 620), amando a la Iglesia y guiando a la Iglesia para que sea «al mismo tiempo madre amorosa de todos los hombres y dispensadora de salvación» (Carta enc. Ecclesiam Suam, Prólogo).

FRANCISCO

Plaza San Pedro

Domingo 19 de octubre de 2014

«Acordaos de vuestros guías, que os anunciaron la palabra de Dios y, considerando el desenlace de su vida, imitad su fe» (Hb 13,7)

● Meditación de Pablo VI ante la muerte:

Se impone esta consideración obvia sobre la caducidad de la vida temporal y sobre el acercamiento inevitable y cada vez más próximo de su fin. No es sabia la ceguera ante este destino indefectible. Ante la desastrosa ruina que comporta, ante la misteriosa metamorfosis que está para realizarse en mi ser, ante lo que se avecina.

Veo que la consideración predominante se hace sumamente personal: yo, ¿quién soy?. ¿qué queda de mí?, ¿adónde voy?, y por eso sumamente moral: ¿qué debo hacer?, ¿cuáles son mis responsabilidades?: y veo también que respecto a la vida presente es vano tener esperanzas; respecto a ella se tienen deberes y expectativas funcionales y momentáneas; las esperanzas son para el más allá.

Y veo que esta consideración suprema no puede desarrollarse en un monólogo subjetivo, en el acostumbrado drama humano que, al aumentar la luz, hace crecer la oscuridad del destino humano; debe desarrollarse en diálogo con la Realidad divina, de donde vengo y adonde ciertamente voy: conforme a la lámpara que Cristo nos pone en la mano para el gran paso. Creo, Señor.

Llega la hora. Desde hace algún tiempo tengo el presentimiento de ello. Más aún que el agotamiento físico, pronto a ceder en cualquier momento, el drama de mis responsabilidades parece sugerir como solución providencial mi éxodo de este mundo, a fin de que la Providencia pueda manifestarse y llevar a la Iglesia a mejores destinos. Sí, la Providencia tiene muchos modos de intervenir en el juego formidable de las circunstancias que cercan mi pequeñez; pero el de mi llamada a la otra vida parece obvio, para que me sustituya otro más fuerte y no vinculado a las presentes dificultades. «Soy un siervo inútil». «Camina mientras tenéis luz» (Jn 12. 55). Ciertamente, me gustaría, al acabar, encontrarme en la luz. De ordinario el fin de la vida temporal, si no está oscurecido por la enfermedad, tiene una peculiar claridad oscura: la de los recuerdos tan bellos, tan atractivos, tan nostálgicos y tan claros ahora ya para denunciar su pasado

irrecuperable y para burlarse de su llamada desesperada. Allí está la luz que descubre la desilusión de una vida fundada sobre bienes efímeros y sobre esperanzas falaces. Allí está la luz de los oscuros y ahora ya ineficaces remordimientos. Allí está la luz de la sabiduría que por fin vislumbra la vanidad de las cosas y el valor de las virtudes que debían caracterizar el curso de la vida: «vanidad de vanidades». En cuanto a mí, querría tener finalmente una

● **Allí está la luz de la sabiduría que por fin vislumbra la vanidad de las cosas y el valor de las virtudes que debían caracterizar el curso de la vida: «vanidad de vanidades»**

noción compendiosa y sabia del mundo y de la vida: pienso que esta noción debería expresarse en reconocimiento: todo era don, todo era gracia; y qué hermoso era el panorama a través del cual ha pasado; demasiado bello, tanto que nos hemos dejado atraer y encantar, mientras debía aparecer como signo e invitación. Pero, de todos modos, parece que la despedida deba expresarse en un acto grande y sencillo de reconocimiento, más aún de gratitud: esta vida mortal es, a pesar de sus vicisitudes y sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellissimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y con gloria: ¡la vida, la vida del hombre! Ni menos digno de exaltación y de estupor feliz es el cuadro que circunda la vida del hombre: este mundo inmenso, misterioso, magnífico, este universo de tantas fuerzas, de tantas bellezas, de tantas profundidades. Es un panorama encantador. Parece prodigalidad sin medida. Asalta, en esta mirada como retrospectiva, el dolor de no haber admirado bastante este cuadro, de no haber observado cuanto merecían las maravillas de la naturaleza, las riquezas sorprendentes del macrocosmos y del microcosmos.

¿Por qué no he estudiado bastante, explorado, admirado la morada en la que se desarrolla la vida? ¿Qué



► Vista de la Plaza de San Pedro durante la beatificación de Pablo VI.

distracción imperdonable, qué superficialidad reproachable! Sin embargo, al menos in extremis, se debe reconocer que ese mundo «que fue hecho por medio de El», es estupendo. Te saludo y te celebro en el último instante, sí, con inmensa admiración; y, como decía, con gratitud: todo es don: detrás de la vida, detrás de la naturaleza, del universo, está la Sabiduría; y después, lo diré en esta despedida luminosa (Tú nos lo has revelado, Cristo Señor) ¡está el Amor! ¡La escena del mundo es un diseño, todavía hoy incomprensible en su mayor parte, de un Dios Creador, que se llama nuestro Padre que está en los cielos! ¡Gracias, oh Dios, gracias y gloria a ti, oh Padre! En esta última mirada me doy cuenta de que esta escena fascinante y misteriosa es un reverbero: es un reflejo de la primera y única Luz; es una revelación natural de extraordinaria riqueza y belleza, que debía ser una iniciación, un preludio, un anticipo, una invitación a la visión del Sol invisible, «a quien nadie vio jamás» (cf. Jn 1, 18): «el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ése le ha dado a conocer». Así sea, así sea. Pero ahora, en este ocaso revelador, otro pensamiento, más allá de la última luz vespertina, presagio de la aurora eterna, ocupa mi espíritu: y es el ansia de aprovechar la hora undécima, la prisa de hacer algo importante antes de que sea demasiado tarde. ¿Cómo reparar las acciones mal hechas, cómo recuperar el tiempo perdido, cómo aferrar en esta última posibilidad de opción «la única cosa necesaria»?

A la gratitud sucede el arrepenti-

miento. Al grito de gloria hacia Dios Creador y Padre sucede el grito que invoca misericordia y perdón. Que al menos sepa yo hacer esto: invocar tu bondad y confesar con mi culpa tu infinita capacidad de salvar. «Kyrie eleison; Christe eleison; Kyrie eleison: Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad; Señor, ten piedad».

Aquí aflora a la memoria la pobre historia de mi vida, entretrejida, por un lado con la urdimbre de singulares e inmerecidos beneficios, provenientes de una bondad inefable (es la que espero podré ver un

● **Esta vida mortal es, a pesar de sus vicisitudes y sus oscuros misterios, sus sufrimientos, su fatal caducidad, un hecho bellissimo, un prodigio siempre original y conmovedor, un acontecimiento digno de ser cantado con gozo y con gloria: ¡la vida, la vida del hombre!**

día y «cantar eternamente»); y, por otro, cruzada por una trama de miserables acciones, que sería preferible no recordar, son tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas. «Dios mío, tú conoces mi ignorancia» (Sal 68, 6). Pobre vida débil, enclenque, mezquina, tan necesitada de paciencia, de reparación, de infinita misericordia. Siempre me parece suprema la síntesis de San Agustín: miseria y misericordia. Miseria mía, misericordia de Dios. Que al menos pueda honrar a Quien Tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia.

reportaje

● **Mi elección indica dos cosas: mi pequeñez; tu libertad misericordiosa y potente, que no se ha detenido ni ante mis infidelidades, mi miseria, mi capacidad de traicionarte: «Dios mío, Dios mío, me atreveré a decir en un regocijo extático de Ti con presunción: si no fueses Dios, serías injusto, porque hemos pecado gravemente... y Tú Te has aplacado. Nosotros Te provocamos a la ira, y Tú en cambio nos conduces a la misericordia»**



● **Y, ¿qué diré a la Iglesia a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo**

Y luego, finalmente, un acto de buena voluntad: no mirar más hacia atrás, sino cumplir con gusto, sencillamente, humildemente, con fortaleza, como voluntad tuya, el deber que deriva de las circunstancias en que me encuentro.

Hacer pronto. Hacer todo. Hacer bien. Hacer gozosamente: lo que ahora Tú quieres de mí, aun cuando supere inmensamente mis fuerzas y me exija la vida. Finalmente, en esta última hora.

Inclino la cabeza y levanto el espíritu. Me humillo a mí mismo y te exalto a ti, Dios, «cuya naturaleza es bondad» (San León). Deja que en esta última vigilia te rinda homenaje, Dios vivo y verdadero, que mañana serás mi juez, y que te dé la alabanza que más desees, el nombre que prefieres: eres Padre.

Después yo pienso aquí ante la muerte, maestra de la filosofía de la vida, que el acontecimiento más grande entre todos para mí fue, como lo es para cuantos tienen igual suerte, el encuentro con Cristo, la Vida. Ahora habría que volver a meditar todo con la claridad reveladora que la lámpara de la muerte da a este encuentro. «En efecto, de nada nos serviría haber nacido si no hubiéramos sido rescatados». Este es el descubrimiento del pregón pascual, y este es el criterio de valoración de cada cosa que mira a la existencia humana y a su verdadero y único destino, que sólo se determina en relación a Cristo: «¡Oh piedad maravillosa de tu amor para con nosotros!». Maravilla de las maravillas, el misterio de nuestra vida en Cristo. Aquí la fe, la esperanza, el amor cantan el nacimiento y celebran las exequias del hombre. Yo creo, yo espero, yo amo, en tu nombre, Señor.

Y después, todavía me pregunto: ¿por qué me has llamado, por qué me has elegido?, ¿tan inepto, tan reacio, tan pobre de mente y de corazón? Lo sé: «Eligió Dios la necesidad del mundo... para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1 Cor 1, 27-28). Mi elección indica dos cosas: mi pequeñez; tu libertad misericordiosa y potente, que no se ha detenido ni ante mis infidelidades, mi miseria, mi capacidad de traicionarte: «Dios mío, Dios mío, me atreveré a decir en un regocijo extático de Ti con presunción: si no fueses Dios, serías injusto, porque hemos pecado gravemente... y Tú Te has aplacado. Nosotros Te provocamos a la ira, y Tú en cambio nos conduces a la misericordia» (PL 40, 1150).

Y heme aquí a tu servicio, heme aquí en tu amor. Heme aquí en un

estado de sublimación que no me permite volver a caer en mi sicología instintiva de pobre hombre, sino para recordarme la realidad de mi ser, y para reaccionar en la más ilimitada confianza con la respuesta que debo: «Así sea, así sea. Tú sabes que te amo». Sobreviene un estado de tensión y fija mi voluntad de servicio por amor en un acto permanente de absoluta fidelidad: «amó hasta el fin». «No permitas que me separe de Ti». El ocaso de la vida presente, que había soñado reposado y sereno, debe ser, en cambio, un esfuerzo creciente de vela, de dedicación, de espera. Es difícil; pero la muerte sella así la meta de la peregrinación terrena y ayuda para el gran encuentro con Cristo en la vida eterna. Recojo las últimas fuerzas y no me aparto del don total cumplido, pensando en tu «todo está acabado».

Recuerdo el anuncio que el Señor hizo a Pedro sobre la muerte del Apóstol: «En verdad, en verdad te digo... cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Después añadió: Sígueme» (Jn 21, 18-19).

Te sigo; y advierto que yo no puedo salir ocultamente de la escena de este mundo; tantos hilos me unen a la familia humana, tantos a la comunidad que es la Iglesia. Estos hilos se romperán por sí mismos; pero yo no puedo olvidar que exigen de mí un deber supremo, «muerte piadosa». Tendré ante el espíritu la memoria de cómo Jesús se despidió de la escena temporal de este mundo. Recordaré cómo El hizo previsión continua y anuncio frecuente de su pasión, cómo midió el tiempo en espera de «su hora», cómo la conciencia de los destinos escatológicos llenó su espíritu y su enseñanza y cómo habló a los discípulos en los discursos de la última Cena sobre su muerte inminente; y finalmente cómo quiso que su muerte fuese perennemente conmemorada mediante la institución del sacrificio eucarístico: «Anunciaréis la muerte del Señor hasta que Él venga».

Un aspecto principal sobre todos los otros: «se entregó a sí mismo por mí»; su muerte fue sacrificio; murió por los otros, murió por nosotros. La soledad de la muerte estuvo llena de nuestra presencia, estuvo penetrada de amor: «amó a la Iglesia» (recordar «le mystère de Jésus» de Pascal). Su muerte fue revelación de su amor por los suyos: «amó hasta el fin». Y al término de la vida temporal dio ejemplo impresionante del amor humilde e ilimitado (cf. el lava-

torio de los pies) y de su amor hizo término de comparación y precepto final. Su muerte fue testamento de amor. Es preciso recordarlo.

Por tanto ruego al Señor que me dé la gracia de hacer de mi muerte próxima don de amor para la Iglesia. Puedo decir que siempre la he amado; fue su amor quien me sacó de mi mezquino y selvático egoísmo y me encaminó a su servicio; y para ella, no para otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiese; y que yo tuviese la fuerza de decírselo, como una confianza del corazón que sólo en el último momento de la vida se tiene el coraje de hacer. Quisiera finalmente abarcarla toda en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y en las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo místico de Cristo. Querría abrazarla, saludarla, amarla, en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla. También porque no la dejo, no salgo de ella, sino que me uno y me confundo más y mejor con ella: la muerte es un progreso en la comunión de los Santos.

Ahora hay que recordar la oración final de Jesús (Jn 17). El Padre y los míos; éstos son todos uno; en la confrontación con el mal que hay en la tierra y en la posibilidad de su salvación; en la conciencia suprema que era mi misión llamarlos, revelarles la verdad, hacerlos hijos de Dios y hermanos entre sí; amarlos con el Amor que hay en Dios y que de Dios, mediante Cristo, ha venido a la humanidad y por el ministerio de la Iglesia, a mí confiado, se comunica a ella.

Hombres, comprendedme; a todos os amo en la efusión del Espíritu Santo, del que yo, ministro, debía hacerlos partícipes. Así os miro, así os saludo, así os bendigo. A todos. Y a vosotros, más cercanos a mí, más cordialmente. La paz sea con vosotros. Y, ¿qué diré a la Iglesia a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo.

Amén. El Señor viene. Amén.

CRÓNICA DIOCESANA

50 Aniversario de Cáritas Diocesana, 50 años de caridad en Orihuela-Alicante



Cáritas Diocesana de Orihuela-Alicante cumple 50 años. El 25 de abril de 1965 se creó formalmente, con decreto de erección, y, desde entonces, ha pasado medio siglo en el que se ha ejercido la caridad de modo ininterrumpido en esta tierra de la mano de miles de voluntarios, programas y acciones. «50 años de obra social caritativa y promocional de las personas, la defensa de los derechos y la lucha contra la desigualdad y la injusticia» como ha afirmado hoy Jaime Pérez, director de Cáritas Orihuela-Alicante, en la presentación que se ha hecho a los medios de comunicación de este aniversario.

«Si Cáritas no existiera habría que reinventarla. Toda la sociedad nos conoce y nos reconoce una labor que nos compromete aún más puesto que no nos sentimos nunca satisfechos al saber que alrededor nuestro sigue habiendo pobreza, necesidades y exclusión. Y, sin duda, esto marca nuestra lucha contra las desigualdades y contra esta situación que desgracia-

damente tenemos en estos momentos de crisis más agudizada» ha añadido el director.

En el último año Cáritas de Orihuela-Alicante ha atendido a más de 81.000 personas y se han llevado a cabo 43 talleres formativos. También se hacen salidas nocturnas y se lucha contra la exclusión social desde las diferentes casas de acogida de Orihuela, Elche, Petrer y Alicante, donde está también la Casa Veritas para enfermos de SIDA.

Por su parte Jesús Ortuño, Vicario Episcopal de Vega Baja, ha destacado principalmente la labor de los cerca de 2.000 voluntarios que hacen realidad a día de hoy la actividad diaria de Cáritas en toda la Diócesis. «En el voluntariado está la clave de Cáritas que desinteresadamente atiende, escucha y ayuda a promocionarse a los más necesitados» ha explicado.

En la presentación se contó también con el concejal de Bienestar Social del ayuntamiento de Orihuela, Emilio Zaplana, quien ha destacado la inmediatez y la rapidez con las que

En el último año Cáritas de Orihuela-Alicante ha atendido a más de 81.000 personas y se han llevado a cabo 43 talleres formativos. También se hacen salidas nocturnas y se lucha contra la exclusión social desde las diferentes casas de acogida de Orihuela, Elche, Petrer y Alicante, donde está también la Casa Veritas para enfermos de SIDA

la ayuda llega a la ciudadanía desde Cáritas «no sujeta a los procedimientos que la ralentizan desde las administraciones públicas». También ha valorado el trato, «desde el acogimiento y el tú a tú personal». «Yo no entendería los servicios sociales sin el apoyo y el trabajo paralelo que realizan instituciones como Cáritas» ha añadido Zaplana.

Este 50 aniversario se va a celebrar durante todo el curso 2014-2015 bajo el lema «Contigo». Una de las fechas claves fue el domingo, 19 de octubre, día en el que inauguró este aniversario en una ciudad de especial relevancia para la Diócesis y para Cáritas: Orihuela. La Glorieta Gabriel Miró fue el punto de encuentro para

dar apertura a este año de celebración. Se culminó con una eucaristía presidida por el obispo diocesano monseñor Jesús Murgui, en la Catedral de Orihuela.

Otras fechas destacadas serán el 25 de abril (día exacto de la erección de Cáritas Orihuela-Alicante) que se organizarán diversos actos en Alicante y el 6 de junio que se cerrará este aniversario en Benidorm. Está previsto también crear una exposición itinerante que visitará toda la Diócesis, con la historia gráfica y documental de estos 50 años. Además se quiere animar a que todas las Cáritas Parroquiales realicen un gesto durante este curso como conmemoración de este acontecimiento.



UMAS

MUTUA DE SEGUROS

HOGAR * RESPONSABILIDAD CIVIL * AUTOMÓVILES * ACCIDENTES

Obispado de Orihuela-Alicante

965 204 909 (lunes y miércoles de 9:00 a 12:00)

umas@diocesisoa.org

Plaza de l'Almoina, 5 46003 Valencia

Tel: 963 152 154 / Fax: 963 152 155

luisgamon@umas.es

www.umas.es



Vida Consagrada

«**E**s hora de caminar. Un fundador, unas obras, una misión» ha sido el lema elegido para la celebración del XX aniversario de la partida al cielo del siervo de Dios P. Tomás Morales Pérez, S.I. (Macuto-Venezuela, 30-10-1908; Madrid, 1-10-1994).

Veinte años son pocos. Para quienes le conocimos, ¡nos parece ayer! El siervo de Dios no es un antepasado, continúa siendo lo que fue en vida: un Padre, un maestro, un amigo de quien se puede uno fiar por completo y volcar en su corazón compresivo todo lo que hay en el alma, porque se está seguro de que aliviará en las penas, consolará en las tristezas, aconsejará en las dudas, fortalecerá en la debilidad y se alegrará en las alegrías del alma. ¿Se puede decir algo más? Ciertamente. Buscó apasionadamente el conocimiento, amor e imitación de Cristo, que transmitió principalmente a través de incontables tandas de ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, fue un enamorado de la fuerza contemplativa de santa Teresa de Jesús. Estos son los pilares de la espiritualidad que infundió como alma de todo apostolado en palabras de S.E.R. Mons. Mario Tagliaferri, nuncio apostólico en Madrid, en la misa del funeral el 13-10-1994.

Celebraremos este XX aniversario del nacimiento del P. Morales para el cielo junto a santa Teresa de Jesús. ¡Feliz providencia para quien fue un contemplativo en la acción, dirigió decenas de vocaciones a la vida contemplativa en monasterios, especialmente a la Orden del Carmen, bebió y dio de beber a cuantos se acercaban a él, de las fuentes de la espiritualidad carmelitana!

Así fue el siervo de Dios, fundador de unas obras que permanecen vivas hoy en Europa, América, África,



Es hora de caminar. El Padre Morales

dos institutos seculares, *Cruzadas de Santa María* y *Cruzados de Santa María*, la asociación de familias, *Hogares de Santa María*, y la asociación de jóvenes, *Milicia de Santa María*.

En esas obras llega a la madurez su semblanza espiritual, apostólica y eclesial; en ellas dejó la impronta de un creciente dinamismo apostólico, la *misión fundamental* de su vida, especialmente la evangelización de los jóvenes.

En síntesis magistral nos lo recuerda el Card. Rouco Varela en la presentación a las *Obras pedagógicas* del P. Morales: «Ante el reto histórico con el que nos encontramos la Iglesia y los cristianos del tercer milenio, el P. Morales, que lo percibió con lucidez y lo describió en numerosas páginas, sobre todo, en su obra *Hora de los laicos*, dio una respuesta valiente y comprometida, que le exigió la entrega generosa y heroica de su propia vida, con toda la riqueza y diversidad de dones humanos, sin cansancio ni desaliento. Tuvo la

audacia de creer que Cristo hace felices a los hombres, en concreto, a los jóvenes, y descubrió el potencial divino escondido en el corazón de cada bautizado, estando siempre dispuesto a despertarlo. A ello consagró todas sus energías. [...] El P. Morales tuvo el acierto de descubrir como una demanda propia de su tiempo la urgencia de una profunda tarea educativa que implicara a todo el pueblo de Dios. De este modo, puso en marcha un itinerario educativo que, teniendo por base la experiencia honda y transformante de los Ejercicios ignacianos, repercutiera en la misión evangelizadora de la Iglesia. [...] El P. Morales da testimonio con su vida, sus obras y sus palabras de que el futuro es del Evangelio, el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. La esperanza del futuro en España y en Europa es esa juventud que vuelve a descubrir con inusitada y contagiosa frescura el gozo de ser cristiano, de haber encontrado en Jesucristo el valor del patrimonio de fe y de vida recibido de sus mayores a través del anuncio y la experiencia del evangelio.»

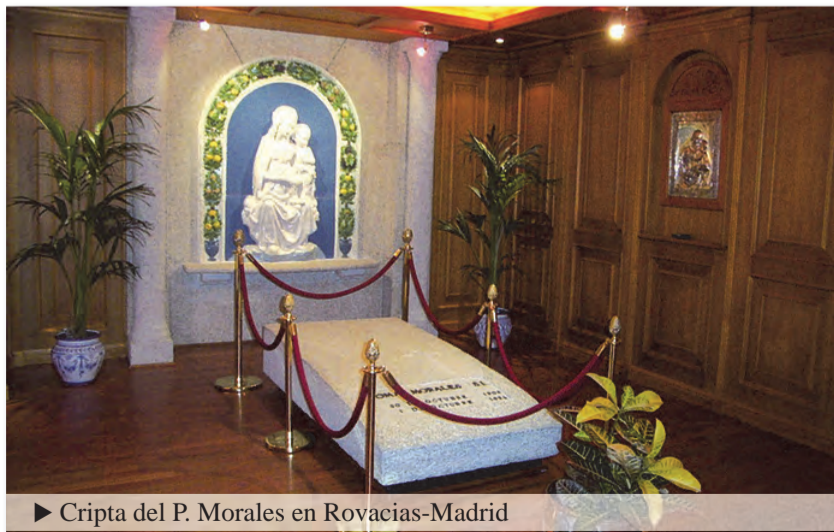
Cinco años después de su muerte, se abrió su causa de canonización en la archidiócesis de Madrid. Desde entonces, nos ha acompañado y guiado en la misión apostólica que nos dejó como legado. Lo sentimos compañero de viaje en su misma aventura carismática, en su pasión educativa por los jóvenes, en su ardiente trabajo por promover la participación y corresponsabilidad de los laicos en la vida y en la misión de la Iglesia.

Este aniversario tendrá, sentido si constituye una vibrante interpela-

ción, que no deje fríos o neutros a quienes estamos interesados sinceramente por el destino de los jóvenes, de la juventud de hoy y del mañana. Si permite saber escuchar la llamada, ¡a veces el grito!, de los jóvenes de todo el mundo para acceder a una vida humana y espiritualmente digna. Si estimula la creatividad de la generación adulta para colaborar con los jóvenes en la búsqueda de respuestas significativas a sus necesidades actuales. Si ayuda a conocer y a comprender mejor la figura del siervo de Dios, su espiritualidad, su actividad, sus principios educativos, nada de ello es propiedad privada de sus fundaciones, sino un don del Espíritu a la Iglesia y a la sociedad. Si aviva en quienes forman parte de las Obras fundadas por el P. Morales la búsqueda de esa gran belleza que es la llamada a la santidad, para que den muchos frutos para la Iglesia y la sociedad.

A Dios damos gracias por esa oportuna y genial aportación del siervo de Dios a la pastoral del s. XX, por su obra dirigida constantemente al corazón y a la mente de los jóvenes, por su mensaje, punto de referencia seguro y valiente en la vida de fe. Él nunca se cansó de animar a los jóvenes, con palabras de san Juan Pablo II, a «abrir de par en par las puertas a Cristo», porque estaba convencido y persuadido de que la juventud, aun entre dudas e incertidumbres, tiene una insaciable e innata sed de la verdad. *Es hora de caminar*, pues.

M^a Victoria Hernández Rodríguez,
Postuladora de la Causa de Canonización del P. Tomás Morales



► Cripta del P. Morales en Rovacías-Madrid



■■■■■ Espiritualidad matrimonial

Los cristianos llamamos *espiritualidad* a una «manera de vivir» desde la verdad que Dios nos ha manifestado en Jesucristo, gracias al don del Espíritu recibido en el Bautismo

Los cristianos llamamos *espiritualidad* a una «manera de vivir» desde la verdad que Dios nos ha manifestado en Jesucristo, gracias al don del Espíritu recibido en el Bautismo. De ahí que, para nosotros, la *espiritualidad* abarque toda nuestra persona, todas nuestras actividades y todas nuestras relaciones.

Por tanto la *espiritualidad* no son sólo los momentos de oración privada, sino también la mística de una acción o de una forma de vida. Entendemos que la *espiritualidad matrimonial* consiste en la forma de responder, en el matrimonio, a la vocación o llamada que Dios nos hace en las circunstancias cotidianas de nuestra propia vida conyugal. *Todos los fieles cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre* (LG.11).

Los esposos cristianos debemos afrontar las responsabilidades del matrimonio y las exigencias de su *espiritualidad*, con la convicción de estar asistidos y elevados por la gracia sacramental de nuestro estado. Sólo así, el yugo se vuelve «suave» y la carga «ligera» (Mt 11, 30). Esta gracia sacramental, fundamento de la *espiritualidad matrimonial*, no se da a los esposos a pesar de, o al margen de la vida matrimonial ordinaria, sino en ella y a través de ella.

Por tanto la *espiritualidad matrimonial* no es una huida en abstracto, sino la forma de una vida conyugal concreta conducida por el Espíritu. Entender lo que significa *espiritualidad*, es entender el camino espiritual de todo creyente, pero sobre todo es tener en cuenta a cada uno, al varón y a la mujer, que nos esforzamos por vivir una nueva experiencia y forma de vida, una vida conyugal, donde

**Retiro
Espiritual
para
matrimonios**

*La espiritualidad
en la vida matrimonial*

P. Pascual Gil Almela, ocd
Prior del Convento de Carmelitas Descalzos de Caravaca
Licenciado en Teología Moral

**Del sábado 15 de noviembre (10:00 h.)
al domingo 16 de noviembre (16:00 h.)**

Lugar: Centro Maristas de Guardamar.
Carretera de Cartagena – Alicante Km. 75.5
Guardamar del Segura · Tfno. 966 725 109

Precio: 65€/persona en habitación doble.
Precio de estancia para niños: consultar
Hay servicio de guardería.

Información e inscripciones: Obispado de Orihuela-Alicante.
Del 13 de octubre al 10 de noviembre.
Teléfonos: 965 204 822 (Ext. 5):
De lunes a viernes de 10 a 14 horas - Contactar con Andrés.

*Dentro y a través de los hechos,
(...) Dios viene a ellos, revelando
y proponiendo las exigencias
concretas de su participación
en el amor de Cristo a su Iglesia*
(San Juan Pablo II)

cada uno es distinto. Sin embargo hay algo que mantenemos en común y que nos hace continuar con este deseo de seguir juntos. Incluso, cada matrimonio debe encontrar su propia *espiritualidad*, su espacio donde se identifique con Dios, Creador y Señor.

La familia es el ámbito donde se vive la *espiritualidad* de sufrir y soportar juntos los fracasos, de festejar juntos los éxitos y las alegrías, de defendernos, apoyarnos y de compartir una aventura común. El gozo y la ternura que sienten los cónyuges cuando han luchado y sufrido juntos por algo y lo han conseguido, es una de las experiencias más dulces que pueda ofrecer la vida. Recordemos, a este propósito, estas bellas palabras de Juan Pablo II: *Dios, que ha llamado a los esposos al matrimonio, continúa llamándolos en el matrimonio. Dentro y a través de los hechos, los problemas, las dificultades, los acontecimientos de la existencia de cada día, Dios viene a ellos, revelando y proponiendo las exigencias concretas de su participación en el amor de Cristo a su Iglesia, de acuerdo con la particular situación en la que se encuentran* (FC 51).

Aunque el sueño de una familia ideal no parezca posible, «...un intento de ascensión progresiva, de avance continuo, está dentro de nuestra pobre libertad»¹. Porque «...amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible, y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esa esperanza»².

José Miguel Hernández Zaragoza
Profesor del Seminario Diocesano

1 E. López Azpitarte. Amor, indisolubilidad y rupturas matrimoniales. *Selecciones de Teología Moral* 6 [1994], 16.

2 G. Marcel. Homo viator. Editorial Sígueme, Salamanca 2005, 64.



Liturgia

Para ir mejorando en nuestras comunidades algunos aspectos de la celebración de la Santa Misa, parece conveniente recordar la Nota que la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española publicó el 2 de febrero de 1990 sobre el rito del ofertorio. Destacamos las ideas más importantes y las sugerencias contenidas en dicha Nota.

La preparación de los dones para la Eucaristía comprende la presentación del pan y del vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Estos dones pueden ser llevados procesionalmente al altar por los fieles, como expresión de la participación de los fieles en el Sacrificio eucarístico, incluso con la aportación de otros dones para las necesidades de la Iglesia o de los pobres (cf. nº 1).

Sin embargo debemos evitar una cierta exageración en la forma de realizar la procesión de las ofrendas, que convierte este gesto, por su propia naturaleza sobrio, en un momento cumbre de la celebración, en detrimento de la oblación de la Hostia inmaculada que tiene lugar en la plegaria eucarística (cf. nº 2).

La presentación del pan y del vino necesario para la celebración de la Eucaristía proviene del acto del Señor, que durante la última Cena, tomó en sus manos estos elementos para entregar en ellos su Cuerpo como comida y su Sangre como bebida. Es un gesto muy simple. Se trata de aportar en este momento de la celebración la materia para el Sacrificio eucarístico (cf. nº 4).

La procesión de los fieles al altar, llevando el pan y el vino y otros dones para la Iglesia o los pobres, expresa adecuadamente la actitud de oblación que es preciso mantener durante toda la Misa, especialmente en el momento de la consagración y de la ofrenda anamnética del Sacrificio (cf. nº 5).

Para resaltar el sentido y el significado espiritual de la procesión de las ofrendas, es importante que se realice con la dignidad y proporción que le corresponde dentro del conjunto de la acción eucarística. La Ordenación General del Misal Romano dice

Las ofrendas de los fieles en la Eucaristía



escuetamente en el número 73: «*Se traen las ofrendas: es de alabar que el pan y el vino lo presenten los mismos fieles. El sacerdote o el diácono los recibirá en un lugar oportuno para llevarlo al altar. [...] También se puede aportar dinero u otras donaciones para los pobres o para la Iglesia, que los fieles mismos pueden presentar o que pueden ser recolectados en la iglesia, y que se colocarán en el sitio oportuno, fuera de la mesa eucarística*». (cf. nº 8).

El pan y el vino, fruto de la tierra y del trabajo de los hombres, que fueron elegidos por el Señor para el sacramento eucarístico, simbolizan suficientemente no sólo la creación transformada por el trabajo humano sino también la Iglesia reunida desde los confines de la tierra. Por tanto, son por sí mismos símbolos suficientes y plenos de todo lo que presenta la asamblea como ofrenda a Dios, de modo que no necesitan ser «enriquecidos» con otras ofrendas (cf. nº 6 y 10).

No obstante, la presentación del dinero u otras donaciones que los mismos fieles pueden aportar, responde también a una práctica antiquísima, como signo de la comunicación de

todos los bienes dentro de la comunidad cristiana (cf. nº 7).

Los primeros dones en ser presentados han de ser siempre el pan y el vino para la Eucaristía. Después el dinero u otras aportaciones para la Iglesia o los pobres. Otras ofrendas que se desee presentar como expresión de la participación en el Sacrificio de Cristo actualizado en la celebración eucarística, han de ser verdadera donación o entrega, no meros símbolos, y han de guardar alguna relación con la Eucaristía (por ejemplo, cera para utilizarse en el culto). Carece de sentido, por tanto, llevar al altar objetos diversos o frutos de la tierra con una intención meramente figurativa o representativa, recuperándolos después de la celebración (con lo que dejarían de ser verdadera ofrenda). Por las mismas razones no es conveniente que las ofrendas sean una muestra de la realidad sociológica, cultural o folklórica de una región o de un pueblo. Tampoco conviene multiplicar el número de los oferentes, desorbitando el gesto, que podría convertirse en un espectáculo (cf. nº 9-11).

Otra cosa es el ámbito de la piedad popular, que cuenta incluso con ma-

nifestaciones propias de ofrecimiento o de gratitud para con el Señor, la Santísima Virgen o los Santos, pero sin mezclarlas con las celebraciones litúrgicas, sino reservándolas para su espacio propio como preparación o como derivación de la liturgia misma (cf. nº 12).

En la procesión de ofrendas debe evitarse también la recitación de oraciones por parte de los oferentes o la explicación detallada y larga de lo que se lleva junto al pan y al vino. No se ha de explicar cada ofrenda. Si es conveniente se hace una breve monición única antes de comenzar la procesión, que no debe ser interrumpida con explicaciones de lo que se ofrece. Terminada la monición avanzarán juntos todos los fieles que portan las ofrendas. Durante la procesión se puede entonar un canto apropiado. (cf. nº 13).

El rito del ofertorio, tal como está establecido en el Misal Romano expresa suficientemente la participación de los fieles en la oblación de la Iglesia, por ello no necesita añadidos que desfiguren su sentido (cf. nº 13).



cáritas

cáritas

¿Fronteras a cualquier precio?



El Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones, CONFER, el Servicio Jesuita a Migrantes (SJM) y CÁRITAS expresan su más profunda consternación ante las vulneraciones de derechos humanos que se están produciendo en la Frontera Sur y la falta de acceso a protección internacional

El Secretariado de la Comisión Episcopal de Migraciones, CONFER, el Servicio Jesuita a Migrantes (SJM) y CÁRITAS, alarmados por el aumento de las muertes en el paso fronterizo, el uso desproporcionado de la violencia en la valla de Melilla, las prácticas de expulsión realizadas bajo dudosa legalidad, la imposibilidad de solicitar asilo y las últimas agresiones contra inmigrantes subsaharianos en países de tránsito: Queremos expresar nuestra más profunda consternación por las vulneraciones de derechos humanos que se están produciendo desde hace meses en esta Frontera Sur de la Unión Europea, especialmente en Ceuta y Melilla.

Alertamos, en este sentido, **sobre la «globalización de la indiferencia»** que denunció el papa Francisco en la isla de Lampedusa, ante la deshumanización de la vida que estamos sufriendo en nuestras fronteras. Alentamos a la sociedad a ir más allá del sensacionalismo que transmiten noticias aisladas e inconexas, y a tomar conciencia de las causas que producen sin interrupción estos hechos dramáticos.

Nuestra sociedad no puede tolerar leyes, ni actuaciones de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado, ni acuerdos sobre inmigración en-

tre Estados que supongan mayores sufrimientos y vulneraciones de derechos hacia las personas. Nuestra pasividad e indiferencia refuerzan y legitiman este tipo de prácticas, que amenazan la vida y los derechos humanos de las personas inmigrantes, los solicitantes de asilo y los refugiados.

Consideramos que las medidas y actuaciones adoptadas en torno a la frontera únicamente consiguen incrementar aún más si cabe el sufrimiento, dolor y muerte de todas aquellas personas que están arriesgando, e incluso perdiendo, sus vidas mientras buscan bienestar, seguridad y protección a las puertas de Europa.

Debemos insistir, una vez más, que *«la condición de irregularidad legal no permite menoscabar la dignidad del emigrante, el cual tiene derechos inalienables que no pueden violarse ni desconocerse»*¹. Es necesario subrayar, además, que entre quienes llegan se encuentran muchas personas refugiadas con derecho a protección.

Desde los trágicos sucesos de Lampedusa de hace un año, fruto de esa *«cultura del descarte»* que todo lo impregna y en la que vivimos inmersos, no sólo no hemos mejorado, sino que las políticas públicas de control de las fronteras y de acceso a

protección internacional se han endurecido.

En el mensaje de los obispos de la Comisión Episcopal de Migraciones

para la Jornada Mundial del Emigrante de este año 2014, éstos ya pedían, entre otras cosas, *«seguir abogando para que no se niegue el auxilio y la asistencia a los inmigrantes en situaciones de peligro para la vida»*, en fidelidad a la que ha sido su línea de denuncia profética al respecto.

Urgimos a que las labores de protección y vigilancia de nuestras fronteras se realicen en todo momento bajo el más estricto cumplimiento de los derechos fundamentales, la legislación nacional y europea y los tratados internacionales ratificados por España. Y reclamamos como máxima prioridad en estos momentos evitar nuevos sufrimientos, respetar la vida humana y garantizar el derecho al asilo.

Basándonos en la narrativa de la Biblia –una narrativa de migración–, invitamos a todos los agentes de Iglesia, comunidades cristianas, y sociedad en general a mantener una actitud personal y colectiva de acogida y hospitalidad, junto a la máxima alerta y denuncia de estos hechos, que no son nuevos, y ante a los cuales no podemos mantenernos indiferentes.

XV ESCUELA DE FORMACIÓN DE CÁRITAS DIOCESANA



8 y 9 Noviembre de 2014

Colegio Salesianos de El Campello

¿QUÉ HACES CON
TU HERMANO?



¹ Juan Pablo II, mensaje para la Jornada Mundial de las Migraciones, 1995, n. 1 y 2



la última

**CADA VIDA
IMPORTA**

MADRID 2014

POR LA VIDA, LA MUJER
Y LA MATERNIDAD



MANIFESTACIÓN 22N

12h. MADRID
De Gta. Ruiz Gimenez (S. Bernardo)
a Plaza de Colón

infórmate en
915 105 140
info@cadavidaimporta.es
www.cadavidaimporta.es

AUTOBÚS: 25€ (ida y vuelta)
Información: Antonio Arjona (649 494 808) providaalicante@gmail.com

Casa de espiritualidad «Betania»

Todos los **miércoles** encuentro espiritual para mujeres a las 17:00 h. Todos los **viernes** (excepto en Adviento y Navidad) oración de la cruz a las 21:00 h.

Durante el mes de **NOVIEMBRE:**

6 jueves: Retiro de sacerdotes (de 11:00 h. a 14:00 h.)

16 domingo: Retiro de silencio (de 12:00 h. a 19:00 h.)

Pequeña Familia de Betania Partida de Orito, 51 03679. ORITO,
Monforte del Cid (Alicante) Tfnos. 965 621 558 – 672 217 365

Agenda

2 de noviembre
FIELES DIFUNTOS.

8 de noviembre
Presentación equipos itinerantes de
Pastoral Familiar.

10 de noviembre
Colegio de Arciprestes.

15 de noviembre
Reunión de secretariados y Consejo
Episcopal.



El Reino de Dios es Vida (IV) Mt. 13,31-32

PUNTO FINAL
LUIS LÓPEZ

El Reino se le compara con la vida, con lo que crece y se desarrolla. Es la expresión de al que tiene vida.

A veces, el problema del Reino de Dios no está en lo que es símbolo de vida y crecimiento. Sino también en lo que hay que quitar, o remover, para que el Reino pueda crecer. Es la doble mirada del trabajo del Reino: lo que hay que purificar para que seamos tierra buena, para el crecimiento del Reino, y lo que hemos de quitar o suprimir, para hacer posible el Reino de Dios.

El Reino de Dios es una vida que se comparte, en él cabemos todos, porque es para todos. El Reino de Dios es la vida de Dios regalada a los hombres, todos deben compartirla. El grano de mostaza se convierte en un arbusto donde los pájaros pueden hacer su nido (Mc. 4,31-32). Pero si no sacamos el egoísmo, al Reino le costará desarrollarse y estará expuesto, como la semilla, a las malas hierbas y a las piedras que la ahogan.

Hemos del volver, desde el Evangelio de Jesús, al camino de la vida. El es el camino de la Vida y del Reino. En él está, como lugar único, la presencia del Reino. Volver a Jesús, encontrarse con él es encontrar el camino del Reino de Dios.

Cuando Jesús explicaba a sus discípulos que volvía al Padre y que les prepararía sitio, les dijo: «*Ya donde yo voy ya sabéis el camino. Tomás le dice: Señor, no sabemos a donde vas, ¿cómo podemos saber el camino? Jesús le responde: yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por mí*» (Juan, 14, 4-6).

Las parábolas del Reino son una aproximación, pero la verdadera vida del Reino está contenida en la persona y en la vida de Jesús. Donde mejor se manifiesta la vida de Dios Padre es en Jesucristo. Donde mejor se descubre (o se encuentra) el contenido del Reino de Dios, es en la vida y en las palabras de Jesús. ¡Qué importante es para la fe acercarse a la vida de Jesús! El que comparte su vida, comparte su Reino. Y, además, se convierte en la más grande de las experiencias que el cristiano debe vivir.

Sin embargo tenemos una fe tan llena de tradiciones, devociones, normas, costumbres...

que ocultan la vida y la experiencia de Jesús, haciendo difícil encontrarse con él. Y, teniendo, un mundo religioso, variado y multicolor, le falta el corazón, lo que da vida a todos lo que creemos y vivimos. Le falta el encuentro vital con Jesús.

Necesitamos trabajar para vivir una fe que esté menos llenas de cosas, devociones y prácticas, y que se llene, por el encuentro con Jesús, del alimento que su persona y su palabra. Por eso nuestro compromiso es, después de estar atentos a las parábolas del Reino, vivir, puesta la mirada en Jesús, el camino que Jesús ha marcado con su vida y sus obras. Allí están las verdaderas huellas que conducen al Reino de Dios.

Para la reflexión: ¿Cómo se manifiesta la vida del Reino de Dios en las parábolas de Jesús? Desde la religiosidad cristiana que vivimos, ¿qué pasos hemos de dar para acercarnos al Reino de Dios en Jesucristo?

Noticias Diocesanas agradece su colaboración a:

SabadellCAM



TUS SUGERENCIAS Y OPINIONES NOS INTERESAN ► ENVÍALAS A ► publicaciones@diocesisoa.org